

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

II.

LA CASA DE VECINDAD

En medio del laberinto de callejones que forman el barrio de San Salvador el Verde, hay uno sin salida, cuyos costados son las tápias de unos potreros y cuyo fondo está formado por una casa de vecindad.

Se entró á ella por un zahuan angosto y oscuro, al que continúa un patio pequeño cuyo paso obstruyen los escombros de las columnas que sostenian en otro tiempo el piso superior, que ahora sostienen tres ó cuatro vigas ennegrecidas y apolilladas.

En el piso inferior hay de ambos lados algunos cuartos pequeños y oscuros que habitan algunos miserables artesanos.

Al final del patiecito hay una escalera angosta, que espuesta completamente al desamor de la intemperie, se ha destartalado, de modo que se ven las piedras desnudas de su pasamano: se termina por un corredor ancho y bastante largo, hácia el cual dan las cinco puertas de las únicas cinco viviendas que en el piso superior tiene la casa.

Ciertamente no debe esta finca medio arruinada, y situada en uno de los barrios mas solitarios de la ciudad, atraer muchos habitantes ni dar gran producto á su poseedor.

Ahora que ya conocemos un poco la habitacion, pasemos á los habitantes del piso superior.

Hemos dicho, que cinco eran las viviendas colocadas en la misma direccion y con sus puertas dando al corredor.

En la primera habitaba, hacia algun tiempo, una buena mujer, viuda de un honrado militar muerto como un valiente en el campo de matanza de Padierna, víctima inolada en las aras de la libertad de un pueblo desdichado.

Desde la muerte de su marido, la pobre mujer se habia visto obligada á ganar su subsistencia y la de una niña huérfana que habia adoptado, con un trabajo personal, ese trabajo tan improductivo de las infelices obreras, que solo puede darles lo muy preciso para llenar las necesidades animales.

En la vivienda contigua á la que vamos á penetrar, usando nuestro privilegio de novelistas, habitaba un jóven.

Era la mas pequeña de las cinco, puesto que se componia de un solo cuarto, al que estaba adjunto otro pequeñito que estaba destinado para cocina.

Un ventanillo estrecho sin vidriera, daba á un pántano que se hallaba á un lado de la casa.

El aposento no tenia frisos y estaba pintado pobremente de blanco, dejando ver en algunas partes la argamasa.

Los únicos muebles que adornaban tan modesta estancia, consistian en un lecho con cabezal pintado, una mesa de madera blanca, encima de la cual se veian hasta una docena de volúmenes cuidadosamente colocados en hilera, un armario de nogal y dos ó tres sillas con asiento de paja.

La habitaba un jóven.

Se llamaba Gabriel, tenia veinte años y era de una fisonomía y un exterior agradable, resignado y dulce.

Hacia cuatro años que el pobre jóven habia venido á México desde un pueblecillo de la Baja California, para concluir sus estudios de abogado en el colegio de San Hdefonso.

Pero muy pocos meses despues de haber abandonado con tan noble intento el pobre hogar doméstico, murió su padre que era un honrado administrador de una hacienda, y su infeliz ma-

dre habia quedado espuesta á todo el espantoso desamparo de la miseria.

Por consiguiente, el jóven dejó de recibir la modesta pensión que su padre con mil trabajos le habia asignado, y recibió una carta de su tierna madre, en la que le llamaba á su lado para compartir juntos los pesares de la miseria.

Pero Gabriel, en vez de volver al hogar para serle gravoso á su madre, determinó quedarse en México para concluir sus estudios á toda costa y aun procurar enviarla algunos recursos.

Solicitó un lugar de dotación en el colegio de San Ildefonso; pero si su conducta era intachable, no contaba con ninguna clase de recomendaciones, puesto que á nadie conocia en la capital, y no consiguió lo que pedía.

Gabriel tendió una mirada á su alrededor, y se halló solo, sin recursos, sin relaciones, lejos de su país natal; pero determinó no obstante, seguir su carrera y volver al lado de su madre cuando llevándole un título, pudiese hacer cesar su miseria.

Era una de esas naturalezas sufridas y resignadas que mueren sin proferir una queja, que padecen sin perder la esperanza, que oran y esperan.

Buscó trabajo por mucho tiempo inútilmente; por fin, consiguió ser admitido como maestro de frances é ingles, dos idiomas que conocia perfectamente, en un establecimiento particular de niños. Dedicó á este trabajo dos horas diarias y le fué asignada la modesta pensión de veinte pesos.

Realizó los objetos de algún valor que poseía, para comprar los libros que le eran mas necesarios, y fué á habitar el modesto aposento en que ahora lo encontramos.

Se propuso vivir oscuro é ignorado, sin hacer como muchos jóvenes, la pública ostentación de su miseria para mendigar protección.

Logró conseguir trabajo en el estudio de un abogado célebre, que le asignó una pensión de diez pesos por dos horas diarias de escritura.

Por consiguiente, Gabriel, á fin de atender á su estudio y á su subsistencia, dividió sus horas con exactitud, á fin de no desperdiciar un solo momento de aquel tiempo tan precioso.

Dividió igualmente su pensión de la manera siguiente:

Por comida en una pequeña fonda del barrio de Necatitlan, ocho pesos.

Por el aposento que ocupaba, tres pesos.

Destinaba nueve pesos cada mes para ir reuniendo una cantidad con que comprar cuando le eran necesarios, vestidos, libros y algunos otros objetos.

Los diez pesos restantes los enviaba á su infeliz madre para auxiliar en algo su miseria.

Su traje era pobre pero aseado.

Ropa blanca siempre limpia, levita, chaleco y pantalon de paño sencillo, calzado cuidadosamente limpiado del polvo que debía cojer en los barrios por los que el jóven transitaba.

Un niño de diez años, hijo de una infeliz familia de la vecindad del piso inferior, se habia destinado á su servicio, por un peso que Gabriel le regalaba cada mes.

Se levantaba al rayar el día, arreglaba por sí mismo su lecho, limpiaba su calzado y sus vestidos y pasaba dos horas estudiando sin descanso. Despues de haber tomado el frugal desayuno, se dirigia á la cátedra para escuchar las sábias lecciones del profesor Morales, cuyo nombre se ha hecho célebre en México, bajo el seudónimo de "El gallo Pitagórico."

El resto del día lo pasaba Gabriel en su lección de idiomas y en el estudio del abogado, volviendo á su pobre y aislada habitación casi al declinar la tarde.

Las horas de la noche las empleaba en estudiar y en meditar.

¿Que pensaba el abandonado jóven, en esas largas horas de fatiga, de aislamiento y de contemplación?

Pensaba en su madre, en su porvenir, en su país y acaso se entregaba á la dulce vaguedad de un sentimiento nuevo para él.

Hemos dicho que la viuda que habitaba la vivienda contigua, habia adoptado hacia algun tiempo, á una huérfana.

Esta huérfana, era una jóven de catorce años que se llamaba Guadalupe.

Era una niña hermosa, modesta, con una fisonomía dulce y resignada como la de un ángel, con unos ojos azules vueltos

naturalmente hacía el cielo, como para implorar á la Providencia al contemplar su desamparo en el mundo.

Cantaba con un acento quejoso y melancólico como el de un arcángel, acompañándose con un pequeño clavicordio que la señora Paula habia escapado á toda costa de la venta de su menaje de otros días, porque habia puesto todo su cariño en la pobre niña que habia adoptado.

Guadalupe, hija de un honrado militar muerto en 1847 por el cañon extranjero que convertia en escombros la heroica ciudad de Veracruz, habia pasado su infancia en un convento y tenia por consiguiente su carácter mucho de ese misticismo que la soledad, la contemplacion y la fruicion, hacen nacer.

A la edad de once años fué llevada á la casa de la señora Paula, y allí continuó su misma vida apacible de recogimiento y meditacion.

Dos años despues fué á habitar el aposento contiguo, el jóven Gabriel.

Como vecino, algunas noches solia visitar á la señora Paula, se entretenian los tres conversando ó leyendo algunos de los libros que un compañero suyo bastante rico le prestaba.

Uno de esos libros fué un volúmen en el que se contenian las Confidencias, el Rafael y el Jocelyn de Lamartine, es decir, las mejores obras de ese poeta del hogar doméstico, que ha sabido combinar tan bien el amor con la religion, y llenar de una contagiosa poesia las escenas mas vulgares de la vida.

Los tres se sentaban al rededor de una mesita.

La señora Paula tomaba su labor, Guadalupe escuchaba con todo su alma, pendiente, por decirlo así, de los lábios dei jóven.

El rostro de Gabriel naturalmente hermoso, se ennoblecia y se dulcificaba al recitar traduciendo con un acento lleno, armonioso, suave y vibrador, esa sublime prosa de Lamartine que parece poesia y esa poesia fácil de comprender como la prosa.

Guadalupe hizo á Gabriel leer dos ó tres veces esos libros y se abismó en ese oceano de sentimiento, de misterio, de misticismo, de amor, de religion que inunda el alma de Lucy, de Graziella, de Julia y de Lorenza.

¿Se amaban acaso estos jóvenes que la vecindad y la semejanza de caracteres reunian?

No sabemos si se puede llamar ya amor, á esa amistad tierna, silenciosa, resignada.

Si tal amor existia, los jóvenes sin embargo no habian dicho ni una sola palabra que revelara ese dulce fuego de la juventud.

El se veia pobre y abandonado; ella huérfana infeliz en el mar del mundo.

Por consiguiente, aquel amor silencioso, que por nada se traducia, era una resignacion, una ilusion, tal vez una esperanza.

Aquel amor no tenia presente, tenia porvenir, si es que existia en el fondo del corazon.

En el tercer cuarto habitaba, hacia poco tiempo, una jóven, que por sus maneras y su traje aseado, aunque modesto, revelaba que solo la miseria podia haberla obligado á vivir en tan aislada habitacion.

Era una jóven de veinte años, pálida, delgada, con una fisonomía doliente, con una estatura graciosa, con una hermosura perfecta, meditativa, espiritual, hermosura impresa por intuicion en cada rasgo de su fisonomía; en la mirada triste, cubierta por un velo de lágrimas, en la frente pálida como de marfil, en la boca pequeña que se entreabre por una sonrisa de dolor, en la estatura nerviosa y delicada como la de la sensitiva.

Estaba vestida pobremente de luto, con un vestido de lana y una mascada de seda.

Los vecinos por una casualidad, sabian que se llamaba Amparo, pues nunca salia de su cuarto, á escepcion de una ó dos veces cada semana que iba á entregar las labores en que se ocupaba todas las horas del día y parte de las de la noche.

Su cuarto permanecia cerrado siempre y solo penetraba en él una pobre mujer de la vecindad, consignada á su servicio.

Por otra parte, la jóven parecia vivir tranquila en una casa cuyos habitantes buenos y apacibles no vigilaban ó comentaban su conducta.

Les saludaba con su cuanto triste, dulce sonrisa, siempre que salia ó entraba; pero nunca entablaba con ellos conversacion,

porque parecia tener vergüenza ó timidez, delante de aquellas buenas gentes.

¿No sé qué se experimentaba, al contemplar aquella jóven tan hermosa, tan pálida, tan doliente, vestida de luto, huérfana abandonada en el mar borrascoso de la vida.

Era un sentimiento de compasion, de tierna amistad, hacía aquel sér tan desgraciado.

¿Qué podia haberla reducido á tan triste situacion, cuando á primera vista se conocia que nunca habia vivido en medio de tan espantosa miseria?

¿Cómo habia quedado huérfana tan jóven aún?

¿De dónde habia venido?

Solo el Cristo colocado encima de su lecho, ante el que oraba de rodillas con lágrimas y suspiros, podia saberlo.

En el cuarto aposento habitaba desde hacia un mes, un jóven de veinticinco años.

Era alto, pálido, con una fisonomía interesante y distinguida: estaba vestido sencillamente de negro.

Guardaba la misma reserva que Amparo, y lo mismo que ella, parecia deseoso de huir del mundo y vivir algun tiempo ignorado en su retiro.

Se sabia que era médico, porque una noche que un pobre hombre de la vecindad se moria sin recursos y sin ausilios, presa de uno de esos ataques fulminantes de apoplejía tan inmediatamente mortales, él, que á la sazón llegaba de la calle, se ofreció á curarlo dándole una abundante sangría que en el acto produjo un gran alivio, y le siguió asistiendo durante algunos dias, hasta su completo restablecimiento.

Como es de suponerse, no habia recibido ninguna retribucion, antes por el contrario, habia dado á la pobre familia cuanto habia necesitado para las medicinas.

Se llamaba Roman.

Hijo de una familia acomodada de Veracruz, desde la edad de quince años habia partido á Europa para hacer sus estudios de médico; pero en los diez años que permaneció en Paris, acabaron completamente por la muerte sus pocos parientes, y al recibir su título, supo la muerte de su padre.

Se apresuró á volver á su patria para arreglar los pocos intereses con que contaba; pero se encontró con que éstos eran disputados por acreedores, y en vez de seguir un pleito para el que no tenia medios, se resolvió á venir á México para solicitar el empleo de médico de la marina.

Pero habia pasado un mes sin que Roman hubiera podido conseguir lo que solicitaba.

¿Quién sabe por qué razon causa tanta lástima y tanto respeto un médico jóven, que iniciado en los secretos mas profundos del corazon humano, está sin embargo espuesto á la calumnia ó al menosprecio del vulgo!

Hacia diez años que Roman estudiaba sin cesar su profesion. Alumno del Hotel-Dieu, habia seguido con asiduidad y constancia la clínica de los maestros mas célebres de la facultad de Paris, observando siempre y no dejándose arrastrar jamas de las exajeraciones teóricas que han dividido en dos sistemas la medicina europea.

No era un anatomista que veia en el hombre una máquina que se mueve por sí sola, era un médico, era un fisiologista, que creia que cada hombre tiene una alma y lo mismo que con sus medicinas alivia los padecimientos fisicos, con sus consejos y palabras de consuelo curaba las llagas del alma.

Aquella frente pálida por el estudio, aquellos ojos hundidos por las vigiliás, aquella boca recojida por la meditacion, daban al rostro del jóven un aspecto de nobleza y de triste ciencia de la vida.

Parecia que su pasado habia arrojado una sombra de amargura sobre su presente.

Finalmente, en el último aposento que formaba el fondo del corredor, habitaba una desdichada familia.

Componíase, de un anciano militar, que despues de haber pasado su juventud en el campo del honor, formando parte de ese ejército del Norte, el verdadero ejército de México, que simulando una procesion de sangre atravesó varias veces los abrasados desiertos de Tejas y el Potosí, para defender la integridad del territorio nacional, habia quedado parálitico á consecuencia de las heridas recibidas tantas veces, y medio loco al

verse lanzado por el gobierno al espantoso abismo de la miseria, lo cual facilmente se comprenderá al saber que el capitán Castillo, este es el nombre del anciano, en cuarenta años que habia permanecido en el servicio, jamas se habia *pronunciado*.

De una pobre mujer, su esposa, una de esas mujeres, ejemplo de fidelidad, de resignacion y de todas las virtudes domésticas.

De dos niños, sus hijos, el mayor de los cuales contaria diez años solamente.

De una hermosa niña de diez y ocho años que se llamaba Elena.

Y de un jóven de veinticinco años, el hijo mayor, que trabajando doce horas diarias, apenas podia ganar lo suficiente para atender á las necesidades primeras de su familia.

Víctor, este era su nombre, no habia podido seguir una carrera literaria, puesto que su infancia y su primera juventud se habian pasado en las aldeas miserables de la frontera, donde su padre que formaba parte de las compañías presidiales, habia sido destinado; pero habia recibido del cielo un don, que se parece sin embargo mucho á un castigo del infierno, el don de la poesia.

Era ademas artista, artista distinguido.

De manera que el pobre jóven, habiendo nacido poeta, y habiéndose formado artista casi por sí solo, vendia su talento como una prenda inútil, ya arreglando dramas y comedias al teatro mexicano, ya traduciendo novelas para los folletines de los periódicos, ya dando lecciones de piano; comedias, traducciones y lecciones que se le pagaban demasiado mal.

Ultimamente, á los pesares de la miseria habia venido á unirse un nuevo dolor intenso, profundo.

Víctor habia concebido una pasion ardiente, fija, sin límites, por una jóven de la alta aristocracia, Eulalia de Guzman, á quien en un tiempo habia dado lecciones de piano.

Pero segun hemos oído de los lábios de Carlos, el desdichado Víctor habia sido arrojado de su casa.

¡Cuánta humillacion! ¡qué pesar tan hondo, tan espantoso!

¡Ser arrojado como un lacayo de la casa de la mujer que se ama!

III.

LA MUSICA Y EL ALMA.

Una noche, oyó Roman, el jóven médico, gemidos de dolor en el contiguo aposento de Amparo.

Inmediatamente corrió á prestarle algun auxilio.

Pero en la puerta se detuvo, pensando si debia penetrar en la habitacion de la jóven.

Sin embargo, los gemidos se hacian cada vez mas dulcrosos y Roman Penetró en el cuarto.

En un rincon de la estancia, estaba Amparo tendida sobre su lecho, con el rostro descompuesto por el dolor, con la mirada apagada por el sufrimiento.

Una lámpara alumbraba débilmente esta escena.

—¿Está vd. enferma, señorita? dijo Roman con emocion acercándose respetuosamente al lecho.

La jóven no respondió, porque la contraccion de sus mandíbulas la impedia hablar.

Roman acercó la lámpara, tomó entre sus manos la mano helada de la jóven, levantó con su dedo el párpado para contemplar la dilatacion de la pupila y la llamó por su nombre.